

Guerrero y sus ayudantes se colocaron en los sitios que por sus graduaciones les correspondia, y Picaluga ocupó el otro extremo de la mesa.

La comida dió principio con un brindis á la libertad, dicho por el capitán del buque que trataba de quitársela á los que se habian fiado en su amistad.

Pero si cierto es que él pensaba en apri- sionar á tantos jefes distinguidos, valiéndose de la traicion mas negra, tambien lo es que en aquel momento se ocupaba otro hombre en proporcionarse los medios de avisar á Guerrero del lazo que se le tendia.

¿Quién era este hombre?

El marinero Martinez.

Véamos cómo.

Hemos dicho que le arrestaron en el camarote de proa.

Pues bien, al verse allí encerrado, y perdida la esperanza de saltar, á tierra para hacer presente al general Guerrero sus sospechas, creyó haber encontrado la manera de poderle hablar en el mismo buque, sin que se apercibiera de ello Picaluga.

Al efecto se apoderó de una sierra que allí estaba, perteneciente al carpintero del barco, y empezó á aserrar uno de los gruesos tablones que dividia el camarote del sitio destinado al cargamento.

Al cabo de algunos minutos, vió coronados sus esfuerzos, y penetró en el largo departamento en que estaban las mercancías.

Al penetrar en él, conoció lo prolongado y difícil de la empresa que habia abrazado.

Todo aquel local estaba cubierto desde el suelo hasta tocar la cubierta, de barriles que contenian objetos diferentes: de manera que, para poder cruzar desde el extremo de proa en que él se hallaba, hasta el de popa que ocupaban los convidados, era preciso desembarazar el paso de aquel número de barriles, lo cual era empresa superior á los esfuerzos y poder de un hombre solo.

Martinez lo comprendió así; pero no por eso desmayó.

No alcanzaba cómo era posible llegar hasta el otro extremo sin compañeros que le ayudasen á quitar aquellos barriles y co-

locarlos en otra parte, y sin embargo, creyó que él llegaría.

Animado con este noble rayo de fé que hace realizable lo imposible, empezó Martínez á trabajar para conseguir el fin que se habia propuesto.

Dejémosle, pues, entregado á su difícil empresa, y volvamos adonde se hallan reunidos los convidados.

Los platos destinados á la comida, eran exquisitos, y estaban perfectamente condimentados.

Guerrero celebró varios de ellos, lo mismo que lo delicado de los vinos, que eran, en efecto, excelentes.

A los pocos instantes de haber empezado la comida, la etiqueta militar fué desapareciendo, y á ocupar su lugar fueron la verdadera franqueza y la cordial alegría.

Los marineros destinados al servicio, desempeñaban su nuevo oficio con una perfeccion admirable.

—Tenga vd. la bondad de probar de este vino, mi general.

Dijo Picaluga, enviando con uno de los marineros una botella que tenia á su lado.

—¡Excelente!

Dijo el general despues de haberlo probado.

—Sabroso—agregó Picaluga—como las noticias que tengo que comunicaros.

—Oigámoslas, oigámoslas.

Exclamó uno de los oficiales.

—Antes ¿me permitirá mi general que le dirija un brindis?

Preguntó el capitán del buque.

—Con mucho gusto, puesto que me honra vd. con ello.

Picaluga llenó su vaso, y se puso de pié.

Guerrero y sus ayudantes hicieron lo mismo.

—Brindo....

Picaluga y los que le escuchaban quedaron de repente suspensos: enormes gritos dados en el sitio destinado al cargamento, les hizo dirigir el oído hácia aquella parte.

—¡Os venden!.... ¡huid, huid!

Fueron las palabras que llegaron distin-

amente hasta el capitán; pero que ninguno de los que allí estaban comprendió.

—¿Quién da esas voces tan desaforadas?

Preguntó Guerrero.

—Nadie:—dijo disimulando su terror Picaluga:—un desgraciado marinero que tenemos loco, y que se habrá soltado del lugar que se le tiene destinado.

Y luego, dirigiéndose á los marineros que servían, les dijo que subieran á amarrarle, añadiendo en voz baja al último que salía.

—Que le pongan una mordaza.

—¡Os venden!.... ¡huid, huid!....

Volvió á repetir la voz.

Picaluga se puso pálido; pero haciendo un esfuerzo para sobreponerse á su terror, dijo sonriendo y volviendo á tomar la copa.

—¡Pobre loco!

Guerrero no atendió á las palabras del capitán, porque su espíritu se encontraba preocupado con la voz de aquel marinero, cuyo lúgubre acento había conmovido de una manera inexplicable su corazón.

Picaluga que comprendió lo que pasaba en la mente de su anhelada víctima, trató

de sacar su pensamiento de la idea que le preocupaba, y exclamó dejando escapar una carcajada que surtió el efecto mas favorable.

—Pero, señores, ¿será posible que los gritos de un loco, merezcan mas la atención que el brindis que se preparaba á pronunciar un cuerdo? En ese caso me declaro loco para acabar de decir el brindis que habia empezado.

—Tiene vd. razon:—contestó Guerrero, volviendo á su buen humor—todos estamos atentos, acabadlo.

—Brindo por el triunfo de nuestra causa, y porque mis obras me hagan digno de la distinguida amistad con que me honra mi general.

—¡Bravo....!

Gritaron todos apurando su vasos, y continuando la comida.

—Sepamos ahora esas noticias favorables que teneis que comunicarnos de parte de Rossi.

Pronunció Guerrero.

—Escuchadlas.
Contestó Rossi, que habia inventado lo que habia de decir para deslumbrarles.

Un nuevo rumor como de personas que luchan, y algunos gritos ahogados, volvieron á oirse de repente.

Todos volvieron á fijar la atencion en aquello.

En el semblante de Picaluga se pintó la inquietud.

Sin embargo, tenia bastante sangre fria para disimular lo que pasaba en su alma, y levantándose de la mesa con la mayor tranquilidad, dijo:

—No han de sujetar á ese loco hasta que yo no vaya: dispéñeme vd. un momento, mi general.

Y sin detenerse un instante, subió á cubierta, sin que nadie sospechase lo que iba á hacer.

Al verse fuera, cerró la escotilla de la cámara, dejando encerrados á Guerrero y sus ayudantes.

—¿Qué significa esto?—dijo el general á

los que le rodeaban—¿por qué han cerrado la escotilla?

—No lo comprendo.

Contestó uno de los ayudantes.

Pero poco les duró sus dudas: pues en el mismo instante se oyó la voz del capitán que mandaba levar anclas, izar las velas y marcar el rumbo que debia tomar el buque.

—¡Nos han tendido un lazo, mi general!

Exclamó uno de los ayudantes.

—Lo veo—contestó Guerrero con la mayor serenidad:—Este amigo ingrato, ha vendido mi cabeza al gobierno.

—Pero esa es una infamia inaudita—exclamó un coronel, exaltado por la indignacion de proceder tan villano.—Es preciso averiguar si es cierto que estamos presos...

Y se dirigió á la escotilla que la encontró cerrada firmemente; dió furibundos golpes que no fueron atendidos; llamó á Picaluga, que le contestó con una insultante careajada; y poco despues sintieron el movimiento del buque que cortaba los mares, haciéndoles conocer la realidad de su desgracia.

—Por mi causa están vdes. presos, com-

pañeros—dijo Guerrero leyendo el sangriento fin que le esperaba:—yo fui bastante crédulo para fiarme en la palabra de un ingrato extranjero, y he arrastrado á vdes. en mi nécia credulidad.

—Mi general—respondió el coronel:—sea cual fuere la suerte que nos aguarda, nosotros estamos mas contentos en morir á su lado, que en ver de lejos los peligros que amenazan su apreciable existencia.

—¡Gracias, mis leales amigos, gracias!

Exclamó Guerrero conmovido por aquel rasgo de adhesion que tan en contraste estaba con la ingratitud del infame Picaluga.

Un nuevo ruido como de un objeto pesado que rueda; los ayes de un desgraciado, y las voces confusas de algunos marineros, volvieron á salir del sitio en que iba el cargamento.

Para conocer el origen de que partia todo aquello, es preciso que el lector tenga la amabilidad de seguirme al sitio en donde dejamos á Martinez.

Este, como hemos dicho, al quitar el tablon que dividia su departamento del que

queria atravesar para llegar hasta Guerrero, se encontró con un muro impenetrable de barriles que se oponian á su marcha.

Sin embargo, impulsado del noble deseo de salvar á un hombre á quien respetaba por los servicios que á su patria habia prestado, lejos de desmayar por aquel obstáculo que se le presentaba, sintió reanimarse su valor.

Fuerte para sufrir las fatigas de un largo trabajo, y resuelto á no ceder ante las dificultades, Martinez empezó á quitar los barriles que encontraba á su frente, y á colocarlos á derecha é izquierda, agotando sus fuerzas para conseguirlo.

Así continuó por espacio de media hora, firme en su propósito; descansando un instante para secar el abundante sudor que corria por su frente, y emprendiendo en seguida la difícil empresa comenzada.

—¡Ah!... ¡es imposible llegar hasta donde se encuentra!...—dijo de repente, viendo lo poco que habia adelantado.—Serian necesarios cuatro dias de una constancia inau-

dita para conseguir mi objeto, y solo me quedan cortos instantes tal vez!....

Y Martinez, desalentado con aquella reflexion, se dejó caer sobre el sitio en que trabajaba, renunciando á una empresa superior á él.

De repente, uno de los fuertes vaivenes del barco, hizo rodar un barril que poco antes habia colocado á su derecha: otro mas fuerte, obligó al mismo barril á cambiar de curso, y arrojándolo contra los de su frente por un balance de proa á popa, contribuyó eficazmente á que los otros barriles que se elevaban de frente como un muro, perdieran el equilibrio, y abandonaran su lugar con estrépito espantoso, cayendo á un largo trecho que de expreso se habia dejado vacío en medio del buque, para llevar algunos pianos que no se habian cargado, por causas que no han llegado á nuestro conocimiento.

Martinez vió en aquello el auxilio de la Providencia, y atravesó aquel largo espacio.

Verdad es, que despues seguian los in-

superables barriles: pero esto ya no le pareció obstáculo para lograr su objeto.

Calculó que desde el sitio que ocupaba, se oirian perfectamente las palabras que pronunciase en el tono mas alto posible, y esto creyó que era suficiente para que Guerrero, avisado del peligro, se abriese paso con sus valientes compañeros, salvándose del poder de un traidor.

Entonces fué cuando pronunció las palabras que alarmaron á Picaluga, y que tanto preocuparon á Guerrero. Palabras que al fin hubieran dado el resultado que se habia propuesto, si, como hemos visto, el capitán no hubiese enviado á los tres marineros para que se apoderasen de él y le pusieran una mordaza.

Martinez, al ver acercarse á los que iban á prenderle, sacó un cuchillo que llevaba en la cintura, dentro de una vaina de cuero, como llevan todos los marineros, y les amenazó con la muerte, si se atrevian á llegar adonde él estaba.

Los marineros dudaron; pero al fin eran

tres contra uno, provistos de iguales armas, y se resolvieron á acometerle.

Martinez, ademas del cuchillo que blandía en la mano derecha, llevaba oculto un puñal que lo colocó en la izquierda, al ver la actitud hostil de sus contrarios; y arimando su espalda á la hilera de barriles, esperó de frente, resuelto á no dejarse amarrar, ó á vender cara su vida.

Entonces tuvo lugar una lucha terrible, en que los insultos de una y otra parte, agregados á los furibundos golpes que se descargaban, produjeron aquel ruido que volvió á llamar la atencion de los convidados.

Uno de los marineros, mas valiente que sus compañeros, se atrevió á acercarse resuelto á su formidable enemigo, quien rugiendo de ira al verse contrariado en su noble pensamiento de salvar á Guerrero, dirigió su cuchillo con tal rapidez y tino, que abrió una profunda herida en el brazo de su competidor, cuyos gritos, como entonces vimos, hicieron que Picaluga aban-

donara la mesa, dejando encerrados á sus convidados.

Cerrada la escotilla, el capitán envió al contramestre y otros dos marineros, armados de fusiles, á sujetar á Martinez, quien al fin tuvo que sucumbir á la fuerza numérica y á la ventaja de las armas.

Conducido otra vez al camarote de proa, le amarraron de piés y manos, obligándole á tenderse sobre el suelo.

Hecho esto, subieron á cubierta, levaron anclas como hemos visto, y el buque surcó magestuosamente las olas, impelido por un viento bonansible.

Los marineros, acostumbrados á obedecer á ciegas, marchaban mudos de asombro, á causa del extraño acontecimiento de las prisiones; hasta que, la vista del puerto de Huatulco, adonde se dirijian, les hizo pensar en los placeres de tierra.

La tropa del gobierno que estaba ya esperando al engañado prisionero, entró al bergantin para apoderarse de él y de sus ayudantes.

Guerrero salió de la cámara con la fren-

te erguida, pero sin rencor, en medio de las bayonetas de sus contrarios: buscó con la vista al falso amigo que le habia vendido, y viéndole cerca de sí, hablando con el oficial que le escoltaba, le dijo:

—Os he dado cuanto poseis: habeis recibido de mí los mas distinguidos favores; pero no os he podido dar la nobleza de corazon que debe existir en un pecho honrado. Adios, os perdono: sed feliz con el precio que os han dado por la sangre del que siempre fué un verdadero amigo.

Y sin esperar respuesta, salió del barco, lo mismo que sus ayudantes, en medio de los soldados que le custodiaron hasta la prision.

Una hora despues, Martinez fué conducido á la cárcel pública, por haber herido al marinero que trató de prenderle.

Al saber la prision del ilustre caudillo, la legislatura del Estado de Zacatecas mandó una solicitud al gobierno, pidiendo que no se quitara la vida al general Guerrero, en consideracion á los relevantes servicios que en la guerra de la independendencia habia pres-

tado á la patria; pero el gobierno, firme en su política, no quiso retroceder un paso en la marcha que se habia propuesto seguir, y Guerrero, habiendo sido oido ante un consejo de guerra, y sentenciado á la última pena, fué fusilado á los pocos dias de haber sido hecho prisionero por medio de la mas baja traicion por parte de dos extrangeros que le daban el título de amigo.

Guerrero marchó á la muerte con paso firme y semblante sereno, llevando hasta la tumba el sentimiento de la nacion en general. Muerto el caudillo principal de la revolucion, el coronel Alvarez se vió precisado á entrar en negociaciones con el general Bravo; y bajo las seguridades que éste le dió de parte del gobierno, dejó las armas, y reconoció la administracion que habia combatido, quedando así la nacion en completa paz.